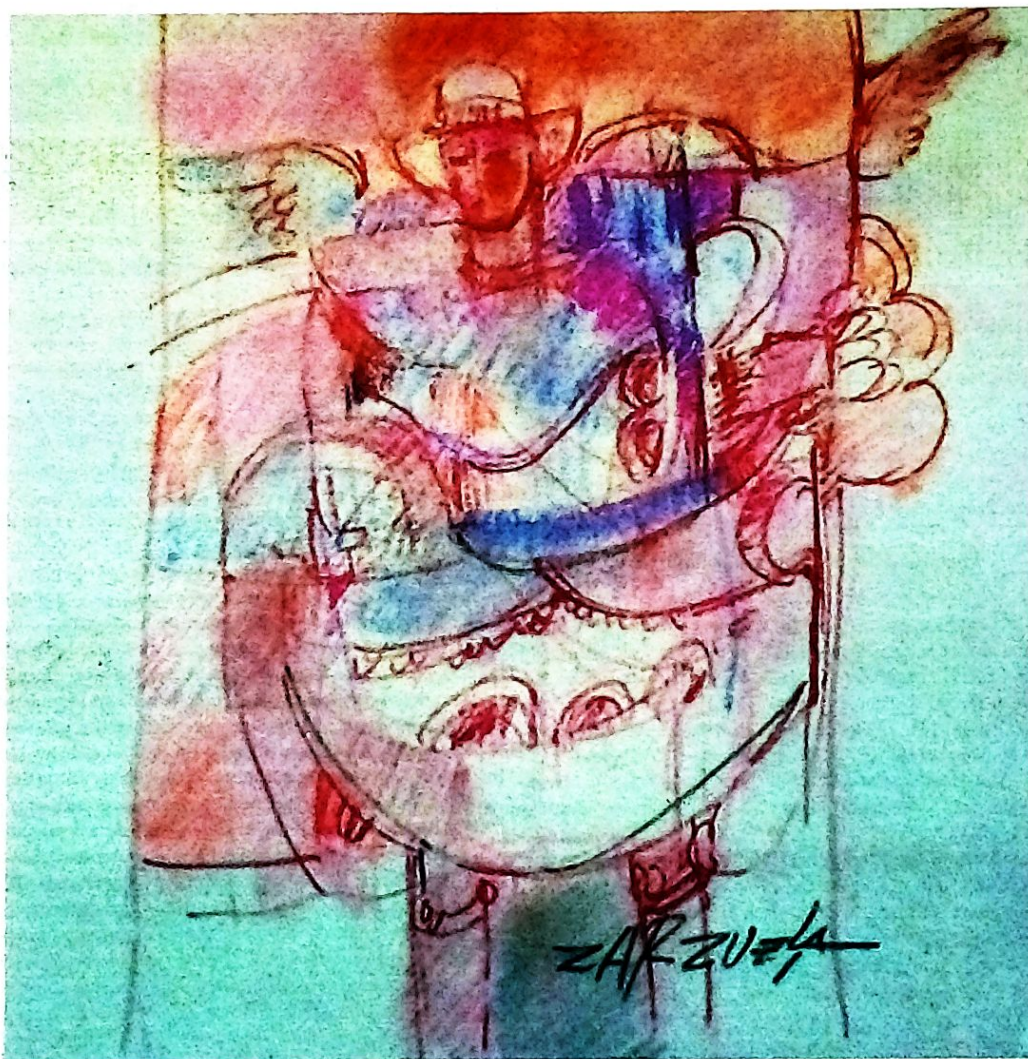




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Theodor Adorno • Casto Rojas • Tambor Vargas • Roland Barthes • Vicente González-Aramayo  
Miguel de Unamuno • Antonio Revollo • Almafuerte • Benjamín Chávez • Sergio Gareca  
Milena Montaña • Julia García • Manuel Mújica • Gastón Arze

**LA PATRIA**  
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXII n° 546 Oruro, domingo 27 de abril de 2014





Bienaventurado  
Técnica pastel 30 x 40 cm  
Erasmus Zarzuela

## Minima moralia

Al niño que regresa de las vacaciones, la casa le resulta nueva, fresca, festiva. Pero nada ha cambiado en ella desde que la abandonó. El solo hecho de olvidar las obligaciones que le recuerdan cada mueble, cada ventana, cada lámpara, devuelve a éstos su paz sabática, y por unos minutos se halla tan en concordia con las estancias, habitaciones y pasillos de la casa como a lo largo de toda la vida le afirmará la mentira. Acaso no de otro modo aparezca el mundo -casi sin cambio alguno-, a la perpetua luz de su festividad, cuando ya no esté bajo la ley del trabajo, y al que regrese a casa le resulten las obligaciones tan fáciles como el juego en las vacaciones.

**Theodor Adorno. Filósofo alemán, 1903 - 1969.**



el duende  
director: luis urquieta m.  
consejo editor: benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david illanes  
casilla 448 telfs. 5276816-5288500  
elduende@zofro.com  
lurquieta@zofro.com

[www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende](http://www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende)



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

## Reflexiones sobre la poesía y los versos

En mi ya larga vida no he tenido tiempo de ser poeta. Es verdad que para ser poeta hay que serlo de nacimiento. Yo no nací en los jardines de las Musas.

Mis campos de acción han sido los estrechos y pedregosos senderos de la abogacía y del periodismo, lo cual es una forma de abogacía por el bien público.

Estas prosaicas disciplinas son nada favorables al cultivo de las elevadas concepciones literarias.

La pedestre hermenéutica del derecho y el quijotesco batallar para corregir entuertos y alancear malandrines, suelen crear a veces modestas satisfacciones espirituales a todo deber cumplido.

Mayores y más gratos goces experimentan, sin duda, los poetas al dar a luz sus inspirados poemas.

Cantar a la belleza, a la mujer amada, a la patria, que es también otra amada, debe saturar de dulces efusivos el alma delicada de los poetas.

Al poeta malagueño don José María Souvirón le preguntó un repórter: -¿Cómo puede uno hacerse poeta?

-El noventa por ciento de la humanidad nace poeta, le contestó el interrogado. La dificultad estriba en seguir siéndolo de los veinticinco años en adelante.

Esta cronología es desconsoladora para muchos de nosotros. Quizá fuimos poetas en potencia, sin saberlo en la edad moza. Ahora ya es tarde.

-Toda poesía es experiencia, anota el mismo celebrado poeta Souvirón. Pero la experiencia no es patrimonio que se forma en un cuarto de siglo de la vida juvenil. Es más bien una gota continua del tormento chino que cae sobre la cabeza de los hombres maduros.

Sin embargo, la experiencia puede contribuir al mantenimiento de la juventud poética en la madurez.

Esto ya es consolador. Los que no hemos sabido ser poetas en la edad florida, podemos invocar la experiencia de la edad proveya para excursionar sobre los jardines de Epicuro.

En toda actividad humana hay artistas y artesanos.

El poeta es el artífice de la belleza; el versificador, un artesano de la palabra.

La poesía, arte magno por excelencia, reviste los caracteres de una alta filosofía de la sensibilidad espiritual y la expresión divina del pensamiento hecho verbo.

Versificar es la artesanía de la concepción artística; un oficio en cierto modo manual.

Se puede ser artesano del verso sin alcanzar el divino sobrenombre de poeta.

Ningún hombre medianamente inteligente ha dejado de medir algún verso con los dedos. Todos, o casi todos, hemos verseado ocasionalmente para el consumo doméstico, aunque no hayamos nacido entre el 90% de la demografía poética de Souvirón.

Por lo visto no es difícil versificar; lo escabroso es publicar lo verseado.

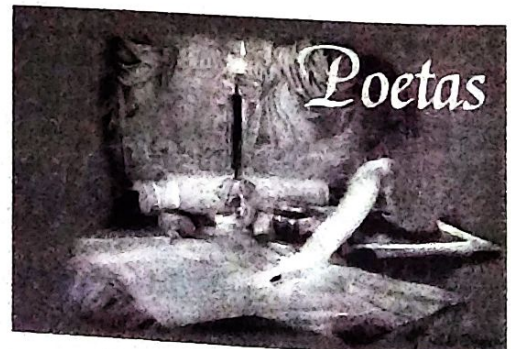
Hay una especie de hoja de parra que cubre las pudendas de las intimidades literarias, ocultándolas a los implacables críticos y al público burlón y despiadado.

Yo quiero tener el valor civil, la audacia temeraria, de descubrir algunas de mis flaquezas literarias, exhibiéndolas ante la benevolencia de los amigos.

Se trata de cosas viejas, inocentes e inofensivas, como flores disecadas.

Seguro estoy que ante la flamante sensibilidad de la poética nueva y del verso libre, mis pobres trabajos literarios parecerán piezas de museo de antigüedades; pero me consuela y alienta pensar que lo viejo no sólo sirve para formar museos: es la premisa de la ley del contraste que da mayor realce y valimiento a lo nuevo.

**Casto Rojas. Cochabamba, 1879 - 1973**  
Fue Académico de la Lengua



*Desde mi rincón*

## Comentarios a un Manifiesto

TAMBOR VARGAS

*Segunda y última parte*

En agosto del año pasado publiqué aquí mismo asado el texto del Manifiesto "Unas Humanidades con futuro" que un grupo de investigadores e intelectuales catalanes habían dado a conocer. Lo hice porque pienso que, aunque el problema que pretenden enfrentar es de alcance mundial, se hace más crítico en aquella parte del planeta cuyo 'ser' hasta hoy no ha podido borrar del todo la herencia de un concepto: necesariamente primero de 'humanidad'; sólo a continuación, de 'humanismo'.

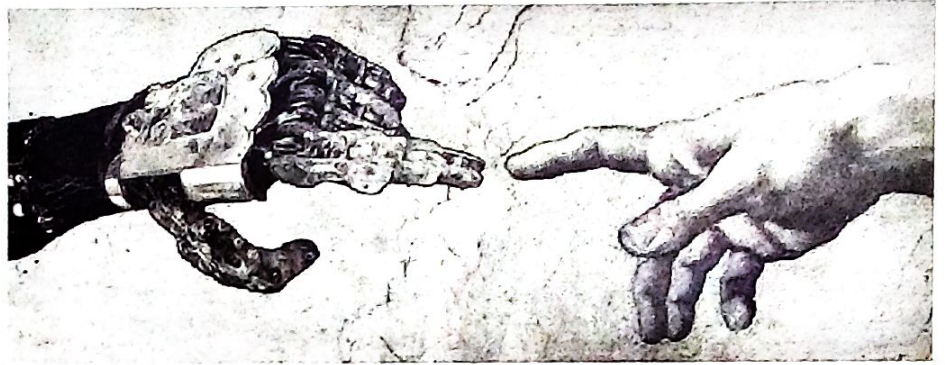
Y me parece elemental reconocer que el camino recorrido en dirección contraria a la que desean los manifestantes, es largo, doctrinario y a la vez pragmático; y si lo es, de difícil corrección. Razón de más para reunir una artillería pesada. ¿Pesada? Quiero decir que me parece condenadamente insuficiente una estrategia que empieza reconociendo la legitimidad de un proceso de demolición histórica, del que sólo se pretende corregir uno de sus insumos (y no precisamente de los más radicales). Me explicaré: ¿qué malabarismo o *wishful thinking* habría de permitir salvar las 'humanidades' al margen, por ejemplo, de la herencia cristiana? Porque ésta parece ser la premisa en que se ha escrito el manifiesto de marras... (bienpensante como es).

Y no me 'huele' mejor que entre las premisas nos hable de 'modernidad' y en ella, de su "pluralismo de creencias", pero sin decirnos si ese 'pluralismo' se practica desde una real igualdad de oportunidades o desde la laicidad intolerante de una parte de sus defensores, que excluye programáticamente cualquier expresión pública de una de sus principales realidades sociales (cabalmente, la fe religiosa), como si sólo pudiera salir del armario el ateísmo, el 'agnosticismo' (otros hablan de 'incredencia' y una larga variedad de otras formas degradadas). Me temo que la respuesta del manifiesto (o de sus manifestantes) sólo permitiría hacer aguas en la tinta de pulpo de una variedad de opciones...

\*\*\*

Porque, y es mi tercera sospecha, lo deja en cuarentena sin necesidad de entrar a analizarlo. Me parece letal para la causa dice defender que se pueda levantar una bandera en favor de unas humanidades que excluyen, por lo menos de hecho, la herencia del Cristianismo...

En cierta manera, es un *quid pro quo* con que ya se encontraron los humanistas renacentistas. ¿Volver a conectar con (y más que eso: hacer 'renacer') la época clásica greco-romana *als ob* entre ella y nosotros no hubiese nacido, vivido, enseñado, muerto y resucitado Jesucristo? ¿Como sí, a continuación, no hubiese nacido una Iglesia, una religión y, con el tiempo, una cultura, que -guste o no guste- llegó a desbancar el paganismo grecorromano y alcanzó la hegemonía europea? Intentarlo, presuonerlo, callarlo o esconderlo me parecen formas de un a-historicismo que rebaja unas humanidades, hipotéticamente renacidas, a la marginalidad de un pasatiempo para ociosos o para cuatro eruditos.



Es verdad que, al hacerlo, los manifestantes imitan a los comisionados de la UE a la hora de redactar un proyecto de Constitución europea: también ellos se negaron fundamentalmente a reconocer la herencia cristiana como uno de sus componentes irrenunciables. Con una pequeña diferencia: la realidad viene demostrando hasta ahora que la Europa 'unida' puede funcionar (bien o mal) con o sin una Constitución (que reconozca o no el Cristianismo); en cambio, suponíamos que los manifestantes humanísticos querían ofrecer unos fundamentos más serios que los que (no) necesita la burocracia de Bruselas (con sus dos apéndices de Estrasburgo y de Luxemburgo).

Por tanto, el precedente europeo tampoco es precisamente de buen agüero a la hora de calibrar la solidez del manifiesto en pro de las Humanidades; sino más bien todo lo contrario. Porque, ¿bastan los porqués que ofrece el manifiesto para volver a las Humanidades? Porque, si nos ponemos a mirar atrás, ¿a qué punto del pasado deberíamos volver para retomar la 'buena ruta'? He aludido al pecado de a-historicismo (el fatal *als ob*...). Es verdad que, sin humanidades integrales (es decir, plenamente históricas), toda educación

queda reducida a una funcionalidad artesanal, malocultando una macroestrategia de indocinamiento ideológico; y basado todo, irremisiblemente, en el más castizo positivismo de la política de un poder manipulador, que crea dogmas insuperables mediante 'operaciones de mercado'. Y en una Europa post-cristiana esto no debe resultar demasiado complicado.

\*\*\*

Imagino que la mayoría de los firmantes del manifiesto humanístico son capaces de percibir sin mayor esfuerzo la verdadera aporía: o declararse voluntariamente 'humanistas' (¿podemos olvidar el equívoco de que recientemente la etiqueta viene reivindicada por quienes viven fuera de cualquier confesionalidad religiosa?; neo-paganos, vaya, aunque también esta etiqueta sea políticamente incorrecta), aunque sea sin fundamentos; u ofrecer unos fundamentos 'históricos' más presentables, al precio de ser tachado de 'integristas' (*vade retro*...).

Resumiendo: una buena causa; que merece solidaridad en sus fines o intenciones; pero que me provoca fuertes dudas sobre la solidez de su andamiaje dialéctico (a fin de cuentas, quiere ser -supongo- persuasivo). Acaso pudiera hacerme

entender mejor diciendo: para dar nueva vida a las Humanidades no basta con que se cultiven en el sistema educativo; este renacimiento sólo puede ser un efecto secundario de otro tipo de más serias 'restauraciones' (otra palabra escandalosa para la postmodernidad en que dicen que vivimos); y mientras no se logren restaurar algunas pocas de esas cosas fundamentales, me parece ingenuo esperar que el viejo árbol grecorromano vuelva a florecer: simplemente porque hace muchos siglos que el viejo árbol perdió su autosuficiencia, ante la superioridad moral e intelectual judeocristiana. *That is the question.*

Fin



Aunque es reciente, la semiología ya tiene su historia

## La extranjera

La semiología, derivada de una olímpica afirmación de Saussure ("Se podría concebir una ciencia que estudiara la vida de los signos en el seno de la vida social"), no cesa de ponerse a prueba, de fraccionarse, de descolocarse, de entrar en el gran carnaval de los lenguajes descrito por Julia Kristeva. Su papel histórico actual consiste en ser la intrusa, la tercera, la que estropea, produciéndonos un quebradero de cabeza, los hogares ejemplares que forman, según parece, la Historia y la Revolución, el Estructuralismo y la Reacción, el determinismo y la ciencia, el progresismo y la crítica de los contenidos. Ya que se trata de matrimonios, el trabajo de Julia Kristeva es la orquestación final de este "escándalo matrimonial": activa su empuje y le proporciona la teoría.

Aunque tengo ese trabajo ante los ojos hace ya mucho tiempo (y desde el principio), acabo de experimentar, una vez más, su fuerza, pero esta vez en su conjunto. En este caso, fuerza quiere decir desplazamiento. Julia Kristeva cambia las cosas de sitio: siempre está destruyendo el último prejuicio, aquel que podíamos tranquilizarnos y del que nos enorgullecíamos; lo que ella desplaza es lo-ya-dicho, es decir, la insistencia del significado, o sea, la estupidez; lo que ella subvierte es la autoridad, la de la ciencia mono lógica, la de la filiación. Su trabajo es enteramente nuevo, exacto, y no por puritanismo científico, sino porque llena por completo el lugar que ocupa, lo colma exactamente, obligando a todo el que de él se excluye a descubrirse en posición de resistencia o de censura (eso es lo que, con un aire muy sorprendido, se llama terrorismo).

Ya que estoy hablando de un lugar de la investigación, he de decir que la obra de Julia Kristeva supone para mí esta advertencia: que avanzamos demasiado lentamente siempre, que perdemos el tiempo "creyendo", es decir, repitiéndonos y regodeándonos, que a veces bastaría con un pequeño suplemento de libertad en un pensamiento nuevo para ganar años y años de trabajo. En el caso de Julia Kristeva, ese suplemento es teórico. ¿Y qué es la teoría? No es ni una abstracción, ni una generalización, ni una especulación, sino una reflexividad; en cierto modo, es la mirada de un lenguaje vuelta sobre sí misma (por eso, en una sociedad privada de la práctica socialista, condenada por tanto a discurrir, el discurso es transitoriamente necesario). Es en este sentido en el que, por primera vez, Julia Kristeva nos ofrece la teoría de la semiología: "Ninguna-semiótica es posible sino como crítica de la semiótica". Semejante proposición no puede entenderse como un deseo piadoso e hipócrita ("critiquemos a los semióticos que nos preceden"), sino como la afirmación de que, en su mismo discurso, y no sólo a nivel de determinadas cláusulas, el trabajo de la ciencia semiótica está entretejido de retrocesos destructores, de coexistencias contrariadas, de desfiguraciones productivas.

La ciencia de los lenguajes nunca puede ser olímpica, positiva (mucho menos positivista), indiferente, adiafórica, como dice Nietzsche; es, en sí misma (puesto que es lenguaje del lenguaje), dialógica, una noción que Julia Kristeva ha sacado a la luz a partir de M. Baján, al que hemos descubierto gracias a ella. El primer acto de este dialogismo es, para la semiótica, el de pensarse, a la vez y de manera contradictoria; como ciencia y como escritura, cosa que, según creo, ninguna ciencia ha hecho, salvo quizá, la ciencia materialista de los presocráticos, y que, dicho sea de paso, nos permitiría quizá salir del callejón sin salida que es la oposición ciencia burguesa (hablada)/ciencia proletaria (escrita, al menos de manera postuladora).

El valor del discurso de Kristeva reside en que es un



ROLAND BARTHES

discurso homogéneo a la teoría que enuncia (y esta homogeneidad es la propia teoría); en él la ciencia es escritura, el signo es dialógico, el fundamento es destructor; si llega a parecerles "difícil" a algunos, es precisamente porque es escrito. Y esto, ¿qué quiere decir? En primer lugar, que afirma y a la vez practica la formalización y su desplazamiento, de manera que la matemática se convierte, en suma, en algo bastante análogo al trabajo del sueño (de ahí provienen muchos de los gritos de protesta). En segundo lugar, porque asume en el mismo título de la teoría el deslizamiento terminológico de las definiciones llamadas científicas. Por último, porque instala un nuevo tipo de transmisión del saber (no es el saber lo que produce problemas, es su transmisión): la escritura de Kristeva posee, a la vez, una discursividad, un "desarrollo" (querríamos darle a esta palabra un sentido "ciclista" más que retórico) y una formulación, un cuño (huella de la aprehensión y la inscripción), una germinación; es un discurso cuya actuación se debe menos a que "representa" un pensamiento que a que, mediatamente, sin la mediación de la "escribiduría" opaca, lo produce y lo destina. Lo cual quiere decir que el semianálisis es algo que sólo Julia Kristeva puede hacer: su discurso no es propedéutico, no prepara para la posibilidad de una "enseñanza"; pero eso también quiere decir, en sentido inverso, que es un discurso que nos transforma, nos desplaza, nos proporciona palabras, sentidos, frases, que nos permiten trabajar y desencadenar en nosotros el mismo movimiento creativo: la permutación.

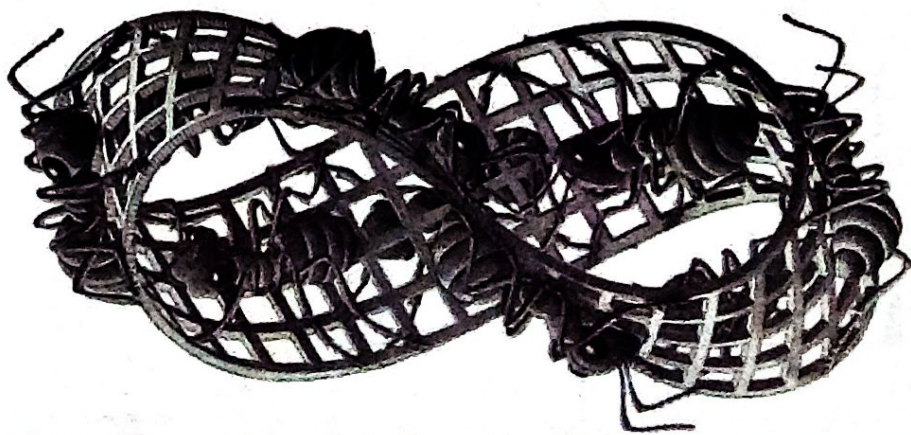
En suma, lo que Julia Kristeva hace surgir es una crítica de la comunicación (la primera, creo yo, después de la psicoanalítica): La comunicación, según ella nos demuestra, tópi-

co de las ciencias positivas (como la lingüística), de las filosofías y de las políticas del "diálogo", de la "participación" y del "intercambio". La comunicación es una mercancía. ¿Acaso no se nos repite sin cesar que un libro "claro" se compra mejor, que un temperamento comunicativo se sitúa fácilmente? Así pues, el trabajo que hace Julia Kristeva es un trabajo político: emprender la reducción teórica de la comunicación a nivel mercantil de la relación humana, e integrada como un simple nivel fluctuante de la significancia, del Texto, aparato al margen del sentido, afirmación victoriosa del Deseo sobre el Intercambio, de los Números sobre la Contabilidad.

¿Tendrá continuidad todo ello? Eso depende de la incultura francesa: hoy en día, ésta parece chapotear suavemente, subiendo a nuestro alrededor. ¿Por qué? Por razones políticas, indudablemente; pero esas razones parecen impregnar a los que-mejor deberían poder resistidas: en la inteligencia francesa se da un cierto nacionalismo; ese nacionalismo no tiene que ver, por supuesto, con las nacionalidades (después de todo, ¿no es Ionesco el Puro y Perfecto Pequeñoburgués Francés?), sino en el rechazo malhumorado de la otra lengua. La otra lengua es aquella de la que hablamos, la de un lugar política e ideológicamente inhabitable: lugar del intersticio, del borde, del bias, de la cojera: lugar caballero, porque atraviesa, cabalga, panoramiza y ofende. Aquella a la que debemos un saber nuevo, procedente del Este y del Extremo Oriente, yesos nuevos instrumentos de análisis y de compromiso que son el paragrama, el dialogismo, el texto, la productividad, la intertextualidad, el número y la fórmula, que nos enseña a trabajar en la diferencia, es decir, por encima de las diferencias en cuyo nombre nos prohíben hacer germinar juntas la escritura y la ciencia, la Historia y la forma. La ciencia de los signos y la destrucción del signo: todas esas bellas antítesis confortables, conformistas, obstinadas y suficientes son las que el trabajo de Julia Kristeva coge de soslayo, marcando a nuestra joven ciencia semiótica con un rasgo extranjero (lo que es mucho más difícil que extraño), de acuerdo con la primera frase de Semiótiké: "Hacer de la lengua un trabajo, laborar en la materialidad de lo que para la sociedad es un medio de contacto y de comprensión, ¿no es acaso, hacerse, de golpe, extranjero a la lengua?".

**Roland Barthes. Cherburgo, 1915 -1980.**

*La Quinzaine littéraire, 1970.*



## Homenaje a dos astros en la tierra

Un escritor dice que cuando muere un poeta muere una estrella, es posible que de acuerdo con su metafísica tenga razón, pero en el universo hay inconcebible cantidad de galaxias y estrellas y no advertimos si muere una a más, pero los poetas y escritores en la Tierra son astros palpables y, su muerte entraña un profundo dolor y un vacío lamentable. Eso hemos sentido con la desaparición física de dos escritores... la desaparición del cuerpo físico para que su espíritu se eleve hasta el Parnaso de los grandes espíritus. En otras palabras, cuando pasaron a la inmortalidad Jorge Calvimontes y Calvimontes y Gabriel García Márquez. El primero de ellos fue amigo mío y trabajé con él en La Paz el año 1955. Hacía poco que se había producido la Revolución de Abril de 1952, con el Movimiento Nacionalista Revolucionario, y seguía la euforia. Gobernaba el Dr. Víctor Paz Estensoro en un primer período cargado de ideas con tinte rojizo, cosa que atrajo a muchos ideólogos de izquierda, incluso comunistas que apoyaron la Revolución. Los principios en los que se apoyaba el régimen, eran indudablemente socialistas, que después se cumplieron. Dos de ellos fueron: la Nacionalización de las minas y la Reforma Agraria. Jorge Calvimontes, un poeta, un intelectual de ideas progresistas no iba a ser la excepción de no apoyar al partido. Fue nombrado Director del Departamento de Cultura de la Honorable Alcaldía de La Paz; el alcalde era el señor Juan Luis Gutiérrez Granier, elegido directamente. Jorge, un poco mayor que yo, era amigo en Oruro y cuando conocí algunas actividades más en ilustraciones de novelas en forma de historietas, me propuso que fuera a trabajar a La Paz con él. Yo me desempeñaba en Oruro como fotógrafo en una casa llamada Gapec de los señores René Calderón, Mario Peró y Santiago Gazau, antiguo negocio de nombre Gama que le compraron a Matías Grimbaum. Entonces renuncié a ese trabajo y me fui a la Alcaldía de La Paz. Allí conocí al otro funcionario en el cargo de la misma categoría que me asignaron: la de redactor; era nada menos que René Zavaleta Mercado. Tuvimos como compañera a una simpática secretaria llamada Elsa Prudencio. Comenzaron nuestras actividades con trabajos sobre aspectos de tipo cultural que nos señalaba Jorge. Funcionaba el Consejo Municipal de Cultura, a cuyas reuniones íbamos a levantar acta y lo hacíamos a turno con Zavaleta. Allí conocí a varios intelectuales que constituían los vocales en cada disciplina de la cultura. Recuerdo que eran Yolanda Bedregal de Conitzer, Fausto Aoiz, Rigoberto Paredes, Jacobo Libermann, Julia Elena Fortún y otros que no recuerdo. Trataban acerca de temas importantes sobre las materias de cada uno de los vocales. Jorge Calvimontes era un hombre de mucha personalidad, dinámico y bien informado en las actividades que debía efectuar, interviniendo muchas veces en la Subsecretaría de Prensa e Informaciones, también en el periódico "Combate" que dirigía Fellman Velarde, e igualmente en la redacción de la revista Khanna, o los trabajos de arqueología de Ponce Sanjinés. Tiawanaku era un gran centro de atención. Por otra parte, al crearse el Instituto



Dibujo hecho por Vicente González-Aramayo Z., en una hoja de libreta en la Escuela de Cine de Cuba (1987)

Cinematográfico Boliviano, se prestaba también atención a la producción de cortometrajes y documentales orientados a la información y publicidad de la política revolucionaria.

Recuerdo que René Zavaleta leía mucho; tenía siempre un libro en la gaveta de su escritorio. Más tarde comprendí que esa asiduidad a la lectura era una siembra que produce una gran cosecha. Así sucedió con René Zavaleta Mercado. Jorge Calvimontes era de temperamento mesurado, y ecuánime como jefe. Era él el genio literario, y su compañera, Fily Luján el complemento. Él se mostraba con nosotros siempre amigable, sin darnos sermones. Sólo, en cierta ocasión me dijo: *"¡Cómo es posible que pierdes los estribos!... Si eres así, también serás fácil de manejar. El carácter no está en perder los estribos, porque si así fuera encontraríamos mucho carácter entre los muros cuartelarios... El carácter está más bien en los hechos, la actitud y voz firme y serena... Para entrar en la literatura u otra magna obra se debe formar el carácter legítimo"*. Me sirvió esta advertencia toda mi vida.

Todos lo recordamos por su famoso canto triste a la soberbia de aquel general de galones brillantes, que ordenó desatar el infierno en aquella noche de San Juan en las minas de Llallagua. ¡Cómo no recordarlo leyendo nuevamente su obra!... Fue un gran poeta, mereció muchos premios en certámenes, y juegos florales importantes como la Mazorca de Oro, en Cochabamba. Ocupó cargos importantes: en la alcaldía de Oruro, y participó en la creación de las carreras de Antropología y Ciencias de la Comunicación. Catedrático en la UNAM, (México) En fin... ¡deja el astro una estela larga de obras!

Mi homenaje a Jorge Calvimontes será tenerlo en mi memoria, mientras dure mi existencia.

Otro suceso para mí también muy doloroso: el deceso de Gabriel García Márquez. Ha sido así para el mundo, pero tal vez mucho más doloroso para América Latina. ¡Gabo!... era amigo de todos. Su novela "Cien Años de Soledad", quizá la cumbre de su obra literaria. Ciento cincuenta millones de ejemplares en cincuenta idiomas. Un amigo, ingeniero boliviano que vivió en Hungría, me dijo que había leído Cien Años de Soledad en los idiomas español y húngaro y le pareció una delicia leerlo en el idioma del país del Danubio. Conocí a Gabo en Cuba. Como yo había ya hecho cine de ficción y documental en Oruro, mis

amigos Jorge Sanjinés y su esposa Beatriz Palacios, (lamentablemente hoy fallecida), me consiguieron espontáneamente una beca para la Escuela de Cine y Televisión de San Antonio de Los Baños. Cuando llegué a la Habana a fines de noviembre de 1986, comprendí que fui objeto de un privilegio, lo cual era para muy pocos. Comprendí también que Jorge Sanjinés gozaba de gran influencia en Cuba. La Escuela de Cine se acababa de construir a treinta kilómetros de La Habana y a unos siete de la ciudad de San Antonio de Los Baños. Todos los becarios fuimos alojados en el Hotel Nacional, de cinco de estrellas, en El Vedado. Éramos de veinticinco nacionalidades y estuvimos hasta enero, mes en que se inauguró la Escuela, seguida del Primer Gran Festival de Cine. Para este acontecimiento llegaron muchos invitados, incluso de los Estados Unidos. Allí conocí a Gregory Peck, Francis Ford Coppola, Harry Belafonte, Lautaro Murúa, y muchos más. El acto de inauguración se llevó a cabo el 1 de enero de 1987. En la testera estaban: el Comandante Fidel Castro, Gabriel García Márquez, como fundadores, (Gabo era de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano), todo el personal de la escuela e invitados. Nosotros, en el amplio jardín. Filmé todo el acto, pero cuando envié a revelar a Caracas, curiosamente se perdieron los rollos; los autorizados para decirlo calificaron de robo.

En la Escuela conocí también al director, Fernando Birri, hombre muy superado y de calidad humana. Fui asignado a uno de los cursos de guión y dramaturgia, dictado por el chileno dramaturgo y catedrático de cine y teatro de la Universidad Nacional de Lima, Domingo Piga, de sesenta años. Se había refugiado en el Perú desde la caída de Salvador Allende. Gabriel García Márquez dictaba el curso sobre la técnica de escribir un cuento. La razón para este curso era que, quien fuera al curso de guión, debía saber aspectos de cómo estructurar una historia breve o larga, el hilo narrativo, las transiciones, las elipsis y descripciones, que luego de contener en el guión de cine irán a la película. Gabo no era catedrático de mi curso pero solía entrar a conversar sobre cuentos, novelas y argumentos en general. Porque nos dijo que los personajes de sus novelas estaban basados en personas reales, le preguntábamos generalmente sobre "Cien Años de Soledad". Le pregunté una vez cómo era Melquiades, el que enseñó a la gente de Macondo a tomar helados y la curó a muchos del mal de la vigilia permanente. Gabo vio su reloj y dijo que para hablar de Melquiades necesitaba unas siete horas... se levantó, se disculpó y se fue. En sus clases decía que escribir un cuento o una novela no era muy fácil. Para escribir se requiere de todo un taller mental, como para armar una fina estructura; deben concurrir herramientas que permitan esa construcción con ataduras, cables, clavos, sierras y tornillos. Todo lo que consiga amarrar al lector. Tan bien amarrada la obra que no permita que el subyugado lector se despierte y pierda el hilo. Claro... crear en el lector la sensación de un trineo que corre, o una forma de hacer el interés *in crescendo*, o el acceso dialéctico hasta el clímax.

Ahora, deja un gran vacío, pero la gente quedará sobre todo con el aroma y sabor de "Cien Años de Soledad". Mi homenaje será recordarle también tomando entre mis manos un libro suyo donde me autografió: "Al amigo Vicente... Gabo".

Vicente González-Aramayo Zuleta.  
Abogado, historiador, cineasta, escritor





Salamanca, noviembre 6 de 1907

## Miguel de Unamuno

Me escribe un amigo desde Chile diciéndome que se ha encontrado allí con algunos que, refiriéndose a mis escritos, le han dicho: "Y bien, en resumidas cuentas, ¿cuál es la religión de este señor Unamuno?" Pregunta análoga se me ha dirigido aquí varias veces. Y voy a ver si consigo no contestada, cosa que no pretendo, sino plantear algo mejor el sentido de la tal pregunta.

Tanto los individuos como los pueblos de espíritu perezoso —y cabe perrera espiritual con muy fecundas actividades de orden económico y de otros órdenes análogos— propenden al dogmatismo, sépanlo o no lo sepan, quieranlo o no, proponiéndoselo o sin proponérselo. La pereza espiritual huye de la posición crítica o escéptica.

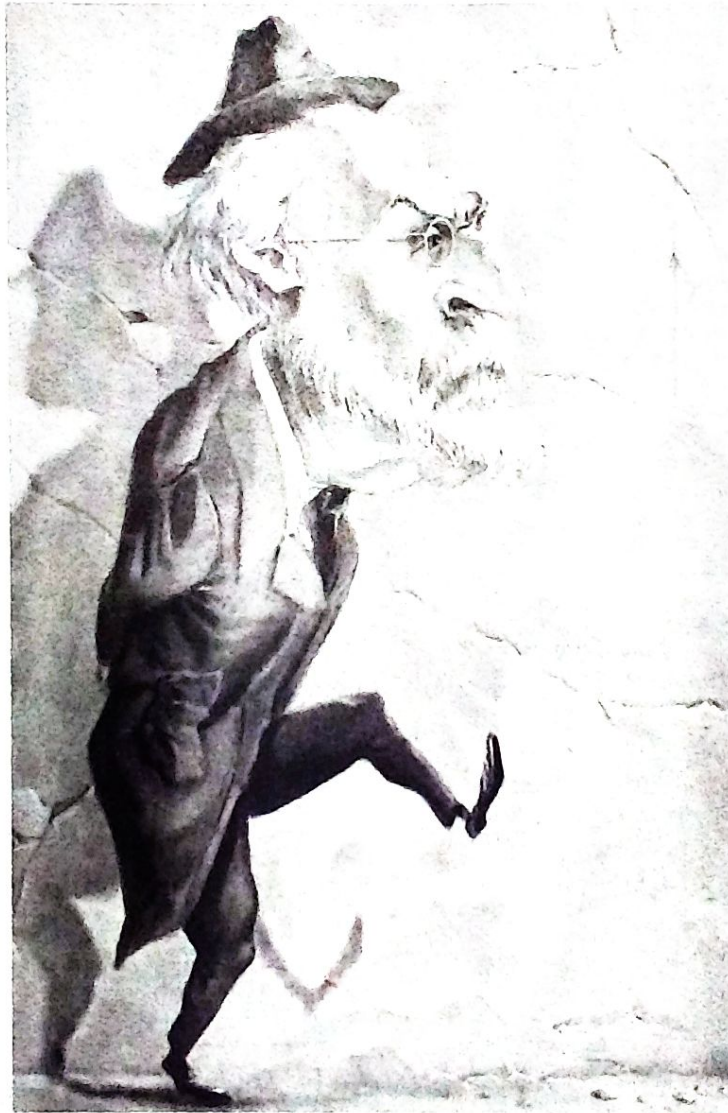
Escéptica digo, pero tomando la voz de escepticismo en su sentido etimológico y filosófico, porque escéptico no quiere decir el que duda, sino el que investiga o rebusca, por oposición al que afirma y cree haber hallado. Hay quien escudriña un problema y hay quien nos da una fórmula, acertada o no, como solución de él.

En el orden de la pura especulación filosófica, es una precipitación el pedirle a uno soluciones dadas, siempre que haya hecho adelantar el planteamiento un problema. Cuando se lleva mal un largo cálculo, el borrar lo hecho y empezar de nuevo significa un no pequeño progreso. Cuando una casa amenaza ruina o se hace completamente inhabitable, lo que procede es derribarla, y no hay que pedir se edifique otra sobre ella. Cabe, sí, edificar la nueva con materiales de la vieja, pero es derribando antes ésta. Entretanto, puede la gente albergarse en una barraca, si no tiene otra casa, o dormir a campo raso.

Y es preciso no perder de vista que para la práctica de nuestra vida rara vez tenemos que esperar a las soluciones científicas definitivas. Los hombres han vivido y viven sobre hipótesis y explicaciones muy deleznable, y aun sin ellas. Para castigar al delincuente no se pusieron de acuerdo sobre si éste tenía o no libre albedrío, como para estornudar no reflexiona uno sobre el daño que puede hacerle el pequeño obstáculo en la garganta que le obliga al estornudo.

Los hombres que sostienen que de no creer en el castigo eterno del infierno serían malos, creo, en honor de ellos, que se equivocan. Si dejaran de creer en una sanción de ultratumba, no por eso se harían peores, sino que entonces buscarían otra justificación ideal a su conducta. El que siendo bueno cree en un orden trascendente, no tanto es bueno por creer en él cuanto que cree en él por ser bueno. Proposición ésta que habrá de parecer oscura o enrevesada, estoy de ello cierto, a los preguntones de espíritu perezoso.

Y bien, se me dirá, "¿cuál es tu religión?", y yo responderé: "mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la ver-



dad, aun a sabiendas de que no he de encontradas mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob. No puedo transigir con aquello del Inconocible —o Incognoscible, como escriben los pedantes— ni con aquello otro de 'de aquí no pasarás'. Rechazo el eterno "ignorabimus". Y en todo caso quiero trepar a o inaccesible."

"Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto", nos dijo el Cristo, y semejante ideal de perfección es, sin duda, inasequible. Pero nos puso lo inasequible como meta y término de nuestros esfuerzos. Y ello ocurrió, dicen los teólogos, con la gracia. Y yo quiero pelear mi pelea sin cuidarme de la victoria. ¿No hay ejércitos y aun pueblos que van a una derrota segura? ¿No elogiamos a los que se dejaron matar peleando antes que rendirse? Pues ésta es mi religión.

Ésos, los que me dirigen esa pregunta, quieren que les dé un dogma, una solución en que pueda descansar el espíritu en

su pereza. Y ni esto quieren, sino que buscan poder encasillarse y meterse en uno de los cuadrículados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: "es luterano, es calvinista, es Católico, es ateo, es racionalista, es místico", o cualquier otro de estos mote, cuyo sentido claro desconocen, pero que los dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única. "No hay enfermedades, sino enfermos", suelen decir algunos médicos, y yo digo que no hay opiniones, sino opinantes.

En el orden religioso apenas hay cosa alguna que tenga racionalmente resuelta, y como no lo tengo, no puedo comunicada lógicamente, porque sólo es lógico y transmisible lo racional. Tengo, sí, con el afecto, con el corazón, con el sentimiento, una fuerte tendencia al cristianismo, sin temerle a dogmas especiales de esta o de aquella confesión cristiana. Considero cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el nombre de Cristo, y me repugnan los ortodoxos, sean católicos o protestantes —éstos suelen ser tan intransigentes como aquellos que niegan cristianismo a quienes no interpretan el Evangelio como ellos. Cristiano protestante conozco que niega el que los unitarios sean cristianos.

Confieso sinceramente que las supuestas pruebas racionales —la ontológica, la cosmológica, la ética, etcétera— de la existencia de Dios no me demuestran nada; que cuantas razones se quieren dar de que existe un Dios, me parecen razones basadas en paralogismos y peticiones de principio. En esto estoy con Kant, y siento, al tratar de esto, no poder hablar a los zapateros en término de zapatería.

Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidad mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, o por lo menos creo creer en Él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la historia. Es cosa de corazón.

Lo cual quiere decir que no estoy convencido de ello como lo estoy de que dos y dos hacen cuatro.

Si se tratara de algo en que no me fuera la paz de la conciencia y el consuelo de haber nacido, no me cuidaría acaso del problema; pero como en él me va mi vida toda interior y el resorte de toda mi acción, no puedo aquietarme con decir: ni sé ni puedo saber. No sé, cierto es; tal vez no pueda saber nunca, pero "quiero" saber. Lo quiero y basta.

Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrado, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten: "¡paradoja!" Los montecatos y los superficiales.



## Unum: mi religión

No concibo a un hombre culto sin esta preocupación, y espero muy poca cosa en el orden de la cultura —y cultura no es lo mismo que civilización— de aquellos que viven desinteresados del problema religioso en su aspecto metafísico y sólo lo estudian en su aspecto social y o político. Espero muy poco para el enriquecimiento del tesoro espiritual del género humano de aquellos hombres o de aquellos pueblos que por pereza mental, por superficialidad, por cientificismo, o por lo que sea, se apartan de las grandes y eternas inquietudes del corazón. No espero nada de los que dicen: "¡No se debe pensar en eso!"; espero menos aún de los que creen en un cielo y un infierno como aquel en que creíamos de niños, y espero todavía menos de los que afirman con la gravedad del necio: "Todo eso no son sino fabulas y mitos: al que se muere lo entierran, y se acabó". Sólo espero de los que ignoran, pero no se resignan a ignorar; de los que luchan sin descanso por la verdad y ponen su vida en la lucha misma más que en la victoria.

Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis próximos, removerles el poso del corazón, angustiados, si puedo. Lo dije ya en mi "Vida de Don Quijote y Sancho", que es mi más extensa confesión a este respecto. Que busquen ellos como yo busco, que luchan como lucho yo, y entre todos algún pelo de secreto arrancaremos a Dios, y por lo menos esa lucha nos hará más hombres, hombres de más espíritu.

Paro esta obra —obra religiosa— me ha sido menester, en pueblos como estos pueblos de lengua castellana, carcomidos de pereza y de superficialidad de espíritu, adormecidos en la rutina del dogmatismo católico o del dogmatismo

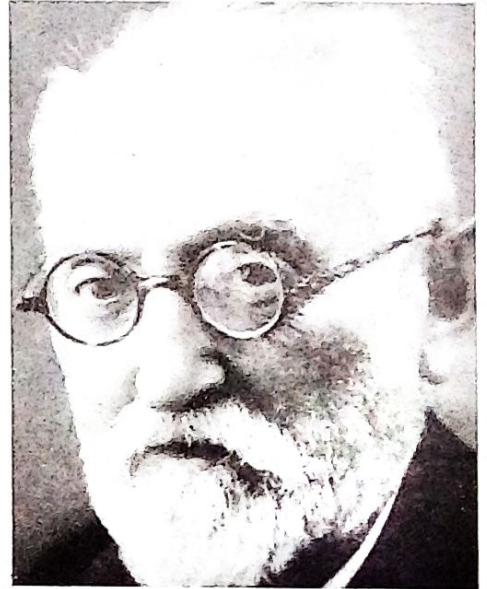
librepensador o cientifista, me ha sido preciso aparecer unas veces impudico e indecoroso; otras duro y agresivo; no pocas enrevesado y paradójico. En nuestra menguada literatura apenas se le oía a nadie gritar desde el fondo del corazón, descomponerse, clamar. El grito era casi desconocido. Los escritores temían ponerse en ridículo. Les pasaba y les pasa lo que a muchos que soportan en medio de la calle una afrenta por temor al ridículo de verse con el sombrero por el suelo y presos por un polizonte. Yo, no; cuando he sentido ganas de gritar, he gritado. Jamás me ha detenido el decoro. Y ésta es una de las cosas que menos me perdonan estos mis compañeros de pluma, tan comedidos, tan correctos, tan disciplinados hasta cuando predicán la incorrección y la indisciplina. Los anarquistas literarios se cuidan más que de otra cosa, de la estilística y de la sintaxis. Y cuando desentonan, lo hacen entonadamente, sus desacordes tiran a ser armónicos.

Cuando he sentido un dolor, he gritado, y he gritado en público. Los salmos que figuran en mi volumen de "Poestas" no son más que gritos del corazón, con los cuales he buscado hacer vibrar las cuerdas dolorosas de los corazones de los demás. Si no tienen esas cuerdas o si las tienen tan rígidas que no vibran, mi grito no resonará en ellas y declararán que eso no es poesía, poniéndose a examinado acústicamente. También se puede estudiar acústicamente el grito que lanza un hombre cuando ve caer muerto de repente a su hijo, y el que no tenga corazón ni hijos se queda con eso.

Esos salmos de mis "Poestas", con otras varias composiciones que allí hay, son mi religión y mi religión catada y no expuesta lógica y razonadamente. Y la canto, mejor o peor, con la voz y el oído que Dios me ha dado, porque no la puedo razonar. Y el que ve raciocinio y lógica y método y exégesis más que vida en esos mis versos, porque no hay en ellos faunos, dríadas, silvanos nenúfares, "absintios" (o sea ajenos), ojos glaucos y otras garambainas más o menos modernistas, allá se quede con lo suyo, que no voy a tocarle el corazón con arco de violín ni con martillo.

De lo que huyo, repito, como de la peste, es de que me clasifiquen, y quiero morirme oyendo preguntar de mí a los holgazanes de espíritu que se paren alguna vez a ofirme: "Y este señor ¿qué es?" Los Liberales o progresistas tontos me tendrán por reaccionario y acaso por místico, sin saber, por supuesto, lo que esto quiere decir, y los conservadores y reaccionarios tontos me tendrán por una especie de anarquista espiritual, y unos y otros por fin pobre señor afanoso de singularizarse y de pasar por original y cuya cabeza es una olla de grillos. Pero nadie debe cuidarse de lo que piensen de él los tontos, sean progresistas o conservadores, liberales o reaccionarios.

Y como el hombre es terco y no suele querer enterarse y acostumbra después que se le ha sermonado cuatro horas volver a las andadas, los preguntones, si leen esto, volverán a preguntarme: "Bueno, pero ¿qué soluciones traes? Y yo, para concluir, les diré que si quieren soluciones, acudan a la tienda de enfrente, porque en la mía no se vende semejante artículo. Mi empeño ha sido, es y



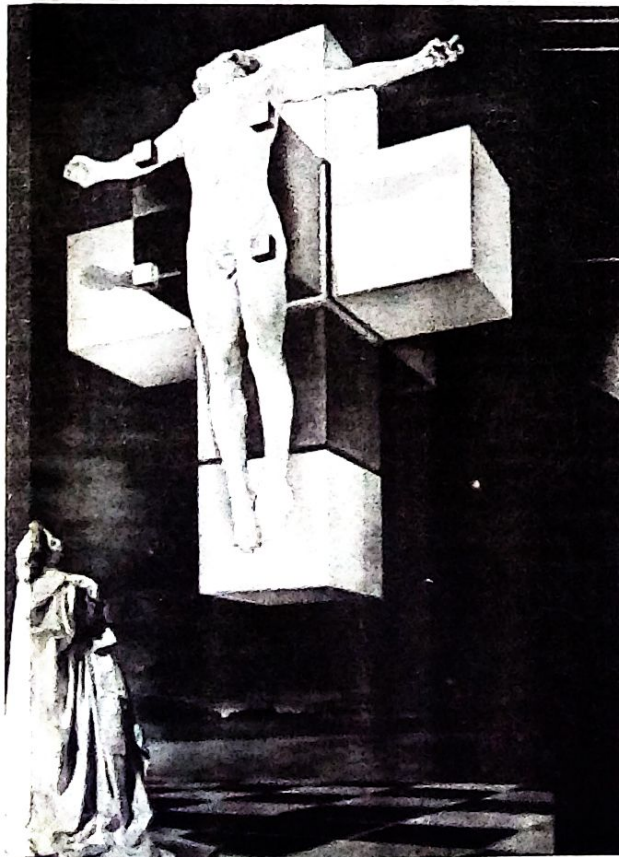
será que los que me lean, piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca el de darles pensamientos hechos. Yo he buscado siempre agitar, y, a lo sumo sugerir más que instruir. Si yo vendo pan, no es pan, sino levadura o fermento.

Hay amigos, y buenos amigos, que me aconsejan me deje de esta labor y me recoja a hacer lo que llaman una obra objetiva, "algo que sea —dicen— definitivo, algo de construcción, algo duradero". Quieren decir algo dogmático. Me declaro incapaz de ello y reclamo mi libertad, mi santa libertad, hasta la de contradecirme si llega el caso. Yo no sé si algo de lo que he hecho o de lo que haga en lo sucesivo habrá de quedar por años o por siglos después que me muera; pero sé que si se da un golpe en el mar sin orillas las ondas en derredor van sin cesar, aunque debilitándose. Agitar es algo. Si merced a esa agitación viene detrás otro que haga algo duradero, en ello durará mi obra.

Es obra de misericordia suprema despertar al dormido y sacudir al parado, y es obra de suprema piedad religiosa buscar la verdad en todo y descubrir dondequiera el dolor, la necesidad y la inepticia.

Ya sabe, pues, mi buen amigo el chileno lo que tiene que contestar a quien le pregunte cuál es mi religión. Ahora bien; si es uno de esos mentecatos que creen que guardo ojeriza a un pueblo o una patria cuando le he cantado las verdades a algunos de sus hijos irreflexivos, lo mejor que puede hacer es no contestarles.

Miguel de Unamuno.  
Bilbao, 1864 - Salamanca, 1936.  
Escritor, poeta y filósofo.



Una carta para reflexionar

## De Daniel Sánchez Bustamante a su hijo Jaime



Daniel Sánchez Bustamante

Los escritos epistolares conllevan mensajes que reflejan los profundos meandros psicológicos de pena, ansiedad, pesadumbre, amor y desamor, pero también cartas sumamente gratificantes para el espíritu humano tal como se extrae de la obra, "Cartas para comprender la Historia de Bolivia" del incansable escritor Don Mariano Baptista Gumucio, ex Ministro de Educación, con el soporte editorial de la Fundación Cultural ZOFRO, dirigida por el Ingeniero Luis Urquieta Molleda, bajo cuyo influjo el suscritor transcribe un discurso del ilustre paceño Walter Hermosa Rivera referida a una carta epistolar del educador Don Daniel Sánchez Bustamante, en su momento Ministro de Educación "Maestro de Juventudes", título otorgado por la Universidad Mayor de San Andrés, que dejó a la posteridad su obra educativa con la presencia de la Misión belga transformando radicalmente la educación boliviana, quienes delinearon la creación de la primera Escuela Normal de Maestros del país en la ciudad de Sucre y cuyas bases estructurales, aún, perduran.

La misiva de Don Daniel Sánchez Bustamante, altamente edificante como padre va dirigido a su hijo recién bachiller Jaime que le pide permiso para postular al Colegio Militar, y que la misma es respondida con esta joya epistolar lección de vida que debemos asimilar. Veamos:

"Buenos Aires, diciembre de 1932.

"- Mi Querido Jaime:- Ayer autoricé tu ingreso al Colegio Militar; di este paso en vista de tu persistencia que ojalá sea con la intención de servir a tu Patria y no solo una decisión momentánea fugaz.

*La carrera del militar es la más alta que se halla dentro de las finalidades de una República; porque significa alistarse para la defensa de su territorio y su dignidad, pero hacerlo con abnegación absoluta y para ofrendar todos los días la vida al servicio de la Patria. No es para vestir un uniforme llamativo, ni intervenir en, los problemas de la política interna. El espíritu de renunciamiento a toda situación política y económica la inspira, y la anima la resolución de heroísmo, de trabajo y de sufrimiento constante en el bien del gran ideal. Tampoco creas que un militar distinguido no necesita abordar grandes problemas con su inteligencia. Tiene que profundizar matemáticas, ingresar a fondo el arte de la guerra y concebir su misión como la que salve a un país de sus peligros exteriores y resguardar el orden público con una neutralidad absoluta de la política de partidos o grupos. El militar politiquero es un conspirador perpetuo y una plaga social, mientras que el militar caballero, que cumple su misión con desprendimiento y pureza de patriotismo, es un héroe de todos los días y un espejo de la ciudadanía y del patriotismo.*

*Eso quiero que seas: militar caballero, estudioso y valiente.*

*Sabrás que la pobreza es la compañera del buen militar. Una sencillez espartana con desprecio absoluto del dinero, una repulsa constante al arte del negocio.*

*Si eres capaz de todo eso, en buena hora. Lo único que temo es que no soportes la crudeza del oficio, crudeza que es la más pura grandeza moral, cuando se la práctica y acepta. Grandes militares van a necesitarse siempre; porque nunca una nacionalidad estará libre de asalto y agresiones, y dentro de una paz organizadora internacionalmente, queda para el militar el campo de las exploraciones geográficas de la colonización de la apertura de caminos y denuncia de la barbarie en los territorios nuevos e inexplorados de un País.*

*Bueno a ser valiente y sobrio, y te repito, a ser, sobre todo, caballero, es decir, hidalgo, como consecuencia de la sangre de hidalgos que llevas dentro tus venas.*

*Te envié un abrazo y que sea una buena hora."*

*"Fdo. Daniel Sánchez Bustamante".(1)*

Lección de amor, y patriotismo para ser buen soldado

que escoge la vida militar para servir y defender al país ante los avatares y peligros sin inmiscuirse en las acciones y componendas políticas como lo sucedido en las dictaduras militares de las décadas sesenta, setenta y ochenta que mancillaron el honor patrio trayendo desacredito para nuestro, país, donde el mundo conoció como paraíso del narcotráfico, corrupción galopante donde nuestras empresas estratégicas fueron manejadas discrecionalmente y dilapidadas a precio de gallina muerta con ayuda de algunos civiles, donde se cometieron los asesinatos inenarrables como en la calle Harrington, de Marcelo Quiroga Santa Cruz, del padre Espinal, etc., donde el latrocinio y la desvergüenza eran sobrevalorados por encima de los principios ético morales y de respeto vulnerando las bases institucionales del país sin rendir cuenta de sus actos a nadie.

Es obvio la presente misiva por su carácter axiológico, publicado y socializado hipotéticamente en el periodo de las dictaduras militares hubiese significado insulto y delito de lesa majestad.

Una carta de antología de perenne ejemplo de conducta intachable de Don Daniel Sánchez Bustamante, pese al tiempo transcurrido es una luz en el camino para quienes quieran extraviarse por retorcidos caminos de la tentación de llegar al poder político y medrar de las arcas nacionales. Habrá que tomar en cuenta, meditar y reflexionar sobre el contenido de la presente misiva de un padre que quiere el bien de su hijo y de su patria.

(1) REVISTA ILLIMANI,  
"Homenaje a Daniel Sánchez Bustamante  
y Belisario Díaz Romero",  
Discurso: Lic. Walter Hermosa Virreira, .  
1º de Nov. 1971, La Paz-Bolivia.

Antonio Revollo Fernández  
Abogado e historiador





## Para los que no nacimos genios

1. Precávete de los hombres extraordinarios: la situación, el oficio de genio, es egoísta, deprimente y cruel.

2. Tanto por conveniencia propia, como por no interrumpir su acción histórica, como por cierto sentido estético que no debe abandonarte nunca, has de mantenerte a una discreta distancia de las almas enormemente irresponsables, a fin de que ni malgren su misión, ni pierdan la perspectiva, ni te alcance la influencia esclavizadora, y a veces mortal, de su sonambulismo.

3. El hombre genial, el llamado hombre genial, es un engendro apocalíptico de las circunstancias, que hace regularmente la vida de los instintos; porque lo mismo que a los cómicos, no se les exige otra responsabilidad que la de su papel.

4. Ellos, los extraordinarios, sólo subordinan su ser a la bestial sensualidad de su vocación: van lanzados por sobre rieles a su destino.

5. Contemplan la sociedad a vuelo de pájaro: andan entre los demás como entre sombras, como el carpintero entre las virutas de su taller.

6. No temen la crítica ni buscan el aplauso de su siglo; y acaso no se preocupan ni de la crítica de los que sobrevendrán.

7. Sus contemporáneos no constituyen para ellos más que los elementos de su obra; porque no edifican para sus contemporáneos, sino sobre éstos.

8. Todos los gritos humanos suenan en sus cerebros sin penetrar hasta sus corazones; o, mejor dicho: sus corazones no tienen más que una sola cuerda... ¡la de la predestinación!

9. Son especialistas que se curan bien poco de todo aque-

llo que no atañe a su arte: cunucos que presencian sin emoción genial las abominaciones del serrallo; fatalidades con manos y pies; montañas en marcha.

10. Las siete virtudes cardinales mismas, son, para tales abortos, nimiedades infantiles, siempre que no cruce alguna de ellas la curva de la parábola que ellos recorren.

11. Desgarran tranquilamente las prácticas establecidas, como esos locos criminales que derraman la sangre humana por el solo placer de empaparse en ella. Porque los verdaderamente grandes no tienen ningún plan preconcebido: satisfacen una enorme aberración y tienen estrella.

12. A muchos de ellos les place tirar, en guisa de títeres del hilo de cada pasión, de cada flaqueza, de cada tendencia, para que las personas anden, accionen y gesticulen; y, algunas veces, les resulta un drama digno de Shakespeare.

13. Atribuyen a los hombres el doble valor de las diez cifras, absoluto y relativo, y les hacen correr sin voluntad a lo largo de mil situaciones y de mil valores contradictorios.

14. No saben ni lo que quieren ni adónde van; pero avanzan en línea recta, con la impavidez y el finísimo tacto de los sonámbulos, a través de los mayores peligros y de las más evidentes sinrazones.

15. Como un instinto que no entiende de sermones, o como una luz de la naturaleza que pasa triunfadora de todos nuestros prejuicios, ellos se satisfacen y se cumplen.

16. Los hombres así, no son tales hombres; porque el hombre en el sentido social y corriente, es un organismo armonioso, razonable y complicadísimo, y ellos son un elemento, un desentono, una sublime irracionalidad.

17. Se apartan de manera tan evidente del molde común, del engranaje humano, que viven fuera de las leyes de la reciprocidad, de la represalia y de la solidaridad; en fuerza de su excelcitud calzan el calibre de lo despreciable.

18. Sus ofensas no producen nada más que dolor; y sus beneficios no despiertan el agradecimiento.

19. Apenas si merecen el tributo de nuestro asombro; jamás ni nuestro amor ni nuestro odio; tienen, por decido así, la intangibilidad de lo abstracto.

20. A menudo fueron útiles a la humanidad; pero al modo del sol, que ni nos ama ni guarda nuestra gratitud; o a la manera de la peste y el terremoto, que se realizan en virtud de quién sabe cuáles cálculos.

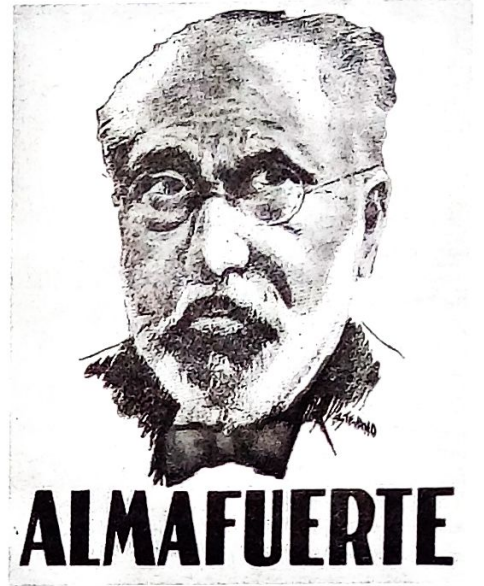
21. Más sabe de su negocio aquel miserando inválido, que vende flores en los sitios públicos, que lo que saben ellos de la razón y la utilidad de los actos que realizan: les arrastra una mano sobrenatural asida a sus cabellos, como a los protagonistas de la escena griega.

22. No ganan conciencia, ni los laureles ni las maldiciones que caen sobre sus pobres cabezas atormentadas: orates ilustres.

23. Muy contadas ocasiones favorecen a la sociedad de su época, puesto que la conturban implacables; y rarísimas veces, a los apasionados sinceros que les forman séquito.

24. Flotan en la masa humana sin adherirsele: sobrenadan en la superficie, tal como las sustancias grasas.

25. Están por acumulación y no por desarrollo; viven en nosotros como una especie de mineralización del organismo



PEDRO BONIFACIO PALACIOS

social; o, más bien dicho: los llevamos lo mismo que a una espina, a un cedal, a una incrustación cualquiera.

26. Si no temiese yo tu censura hipócrita, insinuaría que te valieses de los tales como de un vehículo, para trasladarte; o, como de un árbol eminente, para divisar lejos o guarecerte de la lluvia.

27. Pero, yo sé que pagarás mi sano consejo haciéndote el escandalizado y motejándome de utilitario; porque la humanidad se envanece con estos abortos, como ciertos padres con el hijo, que, para hacer versos, les convierte la casa en un pandemonium.

28. Sólo quiero, pues, rechazar abiertamente que te entregues a la magnanimidad de los grandiosos, tan pasivamente como las ovejas a su pastor.

29. Todo lo gigantesco implica una tiranía y todo lo anormal un peligro; porque lo gigantesco significa mayor cantidad de fuerza, lo anormal mayor cantidad de misterio.

30. Sé grande en miniatura; reposa sobre ti mismo.

31. Manéjate de manera que nadie pueda exigir te fidelidad.

32. Esquiva la dirección extraña como a una mutilación vergonzosa; y la ocasión de la gratitud como a una cadena, como a una argolla de hierro en la ternilla de la nariz.

33. Reconoce valientemente tu vulgaridad mental; pero, no para someterte, sino para vivir alerta dentro de tu propia sombra y evitar la compasión desdolorosa.

34. Deja para los lacayos la vanidad de la librea; y para los necios, el amor propio de las relaciones que mantienen.

35. Busca, en todo, lo que es; y nunca, lo que te parezca o ambiciones que sea.

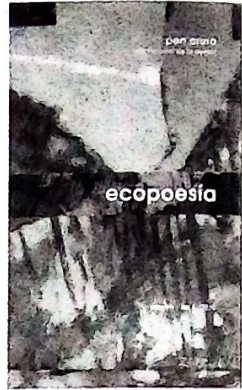
36. No te hinchas hasta la soberbia, que es una inflamación del santo amor de sí mismo; ni te reduzcas, tampoco, hasta la humillación, que está más abajo, todavía, de la humildad, como la humildad.

Almafuerte (Pedro Bonifacio Palacios).  
Argentina, 1854 – 1917



# Ecopoesía

En 2010, el PEN Internacional filial Oruro, para rendir homenaje al Día Mundial de la Poesía y al Día de la Tierra, publicó su anuario "Ecopoesía".  
A continuación la producción de algunos de sus miembros integrantes.



## Terra, Logos y Anne Sexton

Un epígrafe era (¿es?) todavía  
el espejo que dialoga  
otra hebra del ovillo  
el eco que brota del fondo de la cueva.  
Pero ahora  
frente a este trozado espasmo  
-poema que el tiempo desgarró-  
cada día más  
cada hora  
cada instante  
es inminente morir de sed empapado  
en la pintura ígnea  
que escupe el cielo.  
Lluvia de palabras de alambre que dice  
lo que cae, como cae  
*La nubes visten de blanco  
en un intento por ser monjas  
Marcas de hierro candente  
Tal y como estaba escrito  
sobre nuestra piel de animales en recua.*

*Benjamín Chávez Camacho*

## Emociones puras

**I**  
Tiendo mis ojos por la vastedad visible,  
y admiro a la madre tierra,  
al sol de la mañana  
esmaltar lentejuelas de oro  
sobre la hierba mojada  
e incendiar de luz el horizonte.

**IV**  
Corazón mío, ¡cómo te extasías!  
escuchar el canto del mar  
a sus olas arrullar,  
hasta el soberbio rugido de sus ondas,  
y la divina canción.

**VI**  
Entonces, elevo oraciones,  
y loas al Creador;  
por el vuelo de las mariposas,  
el paso de todas las criaturas  
que diseñan el espacio sidéreo  
en la enorme nave azul.

**VII**  
¡Cuántas emociones puras  
agitan el alma mía,  
disfrutar tal grandiosidad!  
La naturaleza: armonía suprema  
simboliza esa biodiversidad.

*Milena Montañó de Escóbar*

## Emociones puras

**I**  
Tiendo mis ojos por la vastedad visible,  
y admiro a la madre tierra,  
al sol de la mañana  
esmaltar lentejuelas de oro  
sobre la hierba mojada  
e incendiar de luz el horizonte.

**IV**  
Corazón mío, ¡cómo te extasías!  
escuchar el canto del mar  
a sus olas arrullar,  
hasta el soberbio rugido de sus ondas,  
y la divina canción.

**VI**  
Entonces, elevo oraciones,  
y loas al Creador;  
por el vuelo de las mariposas,  
el paso de todas las criaturas  
que diseñan el espacio sidéreo  
en la enorme nave azul.

**VII**  
¡Cuántas emociones puras  
agitan el alma mía,  
disfrutar tal grandiosidad!  
La naturaleza: armonía suprema  
simboliza esa biodiversidad.

*Milena Montañó de Escóbar*

## Abierta la selva

En el profundo misterio del bosque  
en la amazonia  
los dioses de la vida  
traman sobre la

tierra  
la impronunciable distancia  
del fin de los tiempos

Es el mismo transcurrir del Ibare  
que se entrega  
sin preocupación  
a su corriente  
a las consecuencias  
de todos los sueños  
vencidos por sus aguas

Es la evidente existencia  
maravillosa  
de la ausencia de seres humanos

*Sergio Gareca Rodríguez*

## Oración

Me han dicho  
sé buena con la tierra  
para que cuando mueras  
te vayas al cielo  
yo no quiero irme al cielo,  
tengo vértigo  
prefiero el azul inverso  
de mi madre esférica

Madre que estás en todas partes  
santificado sea tu nombre  
no hagamos de ti nuestro reino  
sino tu voluntad en el agua  
como en el suevo

Danos el pan de cada día  
si humildes  
te ofrendamos nuestro esfuerzo  
no perdones nuestras ofensas  
si caemos en la tentación  
de hacerte daño de nuevo  
enséñanos el dolor, tú sabes cómo

El sol, te salve tierra mía  
llena eres de vida  
el verbo es contigo  
bendita tú entre las estrellas  
y bendito el fruto  
de tu vientre-pródigo

Santa tierra, madre de dios  
redime tus árboles y tus ríos  
librate de nosotros  
antes que te alcance la muerte

Gloria al tiempo, al universo  
y a tu núcleo santo  
ahora y siempre  
por los siglos de los siglos  
amén

*Julia Guadalupe García Ortega*

Misteriosa Buenos Aires:

## El libro



—Un par de pantuflas de terciopelo negro!  
El pulpero los alza, como dos grandes escarabajos, para que el sol destaque su lujo.

Bajo el alero, los cuatro jugadores miran hacia él. Queda el escribano con el naípe en alto y exclama:

—Si gano, los compraré.

Y la hija del pulpero, con su voz melindrosa:

—Son dignos del pie del señor escribano.

Éste le guiña un ojo y el juego continúa, porque el flamenco que hace las veces de banquero les llama al orden.

—¡Doce varas de tela de Holanda! ¡Dos sobrecamas guardadas, con sus flocaduras!

A la sombra del parral, Lope asienta lo que le dictan, dibujando la bella letra redonda.

—Están en el patio de tierra apisonada. A un lado, en torno de una mesa que resguarda el alerillo, cuatro hombres —el molinero flamenco, el escribano, un dominico y un soldado— prueban la suerte al lansquenete, el juego inventado en Alemania en tiempos de Carlos Quinto o antes aun, cuando reinaba su abuelo Maximiliano de Habsburgo, el juego que las tropas llevaron de un extremo al otro de los dominios imperiales. Más acá, cerca de la parra, la hija del pulpero se ha ubicado en una silla de respaldo, entre dos tinajones. Es una muchacha que sería bonita si suprimiera la capa de bermellón y de albayalde con los cuales pretende realzar su encanto. Entre tanta pintura ordinaria, brillan sus ojos húmedos. Viste una falda amplísima, un verdugado, cuyos pliegues alisa con las uñas de ribete negro. Sobre el pecho, bajo la gorguera, tiemblan los vidrios de colores de una joya falsa. Su padre, arremangado, sudoroso, trajina en mitad del patio. Un negro le ayuda a desclavar las barricas y las cajas, de donde va sacando las mercaderías que sigilosamente desembarcaron la noche anterior. Son fardos de contrabando, venidos de Porto Bello, en el otro extremo de América. Se los envió Pedro González Refolio, un sevillano. Buenos Aires contrabandea del gobernador abajo, pues es la única forma de que subsista el comercio, así que el tendero apenas re cata el tono cuando dicta:

—¡Arcabuces! ¡Siete arcabuces!

El soldado gira hacia él. Se le escapan los ojos tras las armas de mecha y las horquillas. Protesta el banquero:

—¡A jugar, señores!

Y baraja los naipes cuyo as de oros se envanece con el escudo de Castilla y de León y el águila bicéfala. —¡Una alfombra fina, de tres ruedas! ¡Cuatro sábanas de Ruán!

Lope sigue apuntando en su cuaderno. Ni el pulpero ni su hija saben escribir, de modo que el mocito tiene a su cargo la tarea de cuentas y copias. Se hastía terriblemente. La muchacha lo advierte; abandona por un momento el empaque y, con mil artificios de coquetería, se acerca a él. Le sirve un vaso de vino:

—Para el escritor.

El escritor suspira y lo bebe de un golpe. ¡Escritor! Eso quisiera ser él y no un escribiente miserable. La niña le come con los ojos. Se inclina para recoger el vaso y murmura:

—¿Vendrás esta noche?

El adolescente no tiene tiempo de responder, pues ya está diciendo el pulpero:

—Aquí terminamos. Una... dos... tres... cinco varas de raso blanco para casullas...

Las ha desplegado mientras las medía y ahora emerge, más transpirado y feo que nunca, entre tanta frágil pureza que desborda sobre las barricas.

—Y esto, ¿qué es?

Levanta en la diestra un libro que se escondía en lo hondo de la caja. Azárase el mercader:

—¿Cómo diablos se metió esto entre los géneros? Lo abre

torpemente y como las letras nada le transmiten, lo lanza por los aires, hacia los jugadores. El escribano lo caza al vuelo. Conserva los naipes en una mano y con la otra lo hojea.

—Es una obra publicada este año. Miren sus mercedes: Madrid, 1605. Se impaciente el banquero, a quien acosan los mosquitos:

—¿Qué se hace aquí? ¿Se lee o se juega?

Por su izquierda, hace cortar al dominico la baraja.

El fraile toma a su vez el libro (no es mucho lo que contiene: algo más de trescientas páginas), y declara, doctoral:

—Acaso sea un peligroso viajero y convenga someterlo al Santo Oficio.

—Nada de eso —arguye el dueño de la pulpería—. Luego se meterán en averiguaciones de cómo llegó a mis manos.

Y el soldado: —No puede ser cosa mala, pues está dedicada al Duque de Béjar.

El escribano se limpia los anteojos y resopla:

—Para mí no hay más duque que él Duque de Lerma.

Allí se echan todos a discutir. Bastó que se nombrara al favorito para que la tranquilidad del patio se rompiera como si en él hubieran entrado cien avispas. Por instantes el tono desciende y los personajes atisban alrededor. Es que el pulpero, irritado, ha dicho que el señor Felipe III es el esclavo del duque y que ese hombre altivo gobierna España a su antojo. Sobre las voces distintas, crece la del molino:

—¿Jugamos? ¿Jugamos, pues?

La niña palmorea desde su silla dura y aprovecha la confusión para dirigir a Lope miradas de incendio.

—¡Haya paz, caballeros! —ruega el dominico—. He estado recorriendo el comienzo de este libro y no me parece que merezca tanta alharaca. Es un libro de burlas.

Menea la cabeza el escribano:

—¿A dónde iremos a parar con las sandeces que ahora se estampán? Déme su merced algo como aquellos libros que lefamos de muchachos y nos deleitaban. “Las Sergas de Esplandián”...

—“Lisuarte de Grecia”.

—“Palmerín de Oliva”.

Los jugadores han quedado en silencio, pues la evocación repentina les ha devuelto a su juventud y a las novelas que les hacían soñar en la España remota, en la quietud de los caseríos distantes, de los aposentos provincianos donde, a la

luz de la lumbre, los guerreros fantásticos se aparecían, con una dama en la grupa del caballo, pronunciando maravillosos discursos en el estruendo de las armas de oro.

Sólo el molinero de Flandes, que nunca ha leído nada insiste con su protesta:

—Si no se juega, me voy. Sosiéganse los demás.

—Mejor será que lo demos a Lope —resume el escribano—.

A nosotros ya nada nuevo nos puede atraer, pues hemos sido educados en el oficio de las buenas letras. Señores, se pierde la raza. Empieza la época de la estupidez y de la blandura. ¡Ay, don Duardos de Bretaña, don Clarisel, don Lisuarte!

El pulpero suelta una carcajada gorda y alinea los arcabuces bajo la parra.

—¡Otra vuelta de vino de Guadalcánal!

Y el libro, casi desencuadernado por los tirones, aletea una vez más por el aire, hacia el muchacho meditabundo que afila su pluma.

Ahora la casa duerme, negra de sombras, blanca de estrellas infinitas. La muchacha, cansada de aguardar a su desgastado amante, cruza el patio de puntillas, hacia su habitación. Espía por la puerta y le ve, echado de bruces en el lecho. A la claridad de un velón, está leyendo el libro, el maldito libro de tapas color de manteca. Ríe, ensimismado, a mil leguas de Buenos Aires, del tendero, del olor a frutas y ajos que inunda la casa.

No lo puede tolerar el orgullo de la hija del pulpero. Entra y le recrimina por lo bajo, con bisbiseo afanoso, de miedo de que su padre la oiga:

—¡Mala entraña! ¿Por qué no has venido?

Lope quiere replicarle, pero tampoco se atreve a levantar la voz. Sucédese así un diálogo ahogado, entre la niña cuyos rubores pugnan por aparecer bajo la máscara de bermellón, y el mocito que se defiende con el volumen, como si espantara moscas.

Por fin, ella le quita el libro, con tal fiereza que deja en sus manos las tapas de pergamino. Y huye con él apretado contra el seno, rabiosa, hacia su cuarto.

Allí, frente al espejo, la presencia familiar de las alhajas groseras, de los botes de ungüento y de los peines de asta y de concha, la serena un poco, aunque no aplaca la fiebre de su desengaño. Comienza a peinarse el cabello rubio. El libro permanece abandonado entre las vasijas. Habla sola, haciendo muecas, arrojando la gracia de sus hoyuelos, de su perfil. Le enrostra al amante ausente su indiferencia, su desamor. Sus ojos verdes, que enturbian las lágrimas, se posan sobre el libro abandonado, y su cólera renace. Voltea las páginas, nerviosa. Al principio hay algunas en que las líneas no cubren el total del folio. Ignora que son versos. Quisiera saber qué dicen, qué encierran esas misteriosas letras enemigas, tan atrayentes que su seducción pudo más que los encantos de los cuales sólo goza el espejo impasible.

Entonces, con deliberada lentitud, rasga las hojas al azar, las retuerce, las enrosca en tirabuzón y las anuda en sus rizos dorados. Se acuesta, transformada su cabellera en la de una medusa caricaturesca, entre cuyos bucles absurdos asoman aquí y allá, los arrancados fragmentos de “Don Quijote de la Mancha”. Y llora.

Manuel Mújica Lainez.  
Escritor argentino, 1910–1984.

# EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Responsable: Gabriel Sallnas Padilla

## Un compositor boliviano

Gastón Arce Sejas

### Segunda parte

Pienso que el término que mejor define mi producción musical actual es "libertad", tan sencillo pero tan difícil como eso. Confieso que no siempre fue así, tuve una época de durísima auto-censura con respecto a mis ideas musicales y al lenguaje con el que trabajaba. A guisa de anécdota: en el Festival Boliviano de Música Contemporánea del pasado año (2001), presenté, casi por emergencia la Pieza para Cuerdas, opus 2, con la Camerata Concertante de Cochabamba. En realidad estaba previsto el estreno de otra obra para piano y orquesta de cuerdas, pero, por razones de tiempo y de dificultad en la ejecución de esta pieza, no se la pudo tocar en esa oportunidad, razón por la cual recurrí a mi opus 2, de dificultad considerablemente menor. Ésta es una pieza de mi primera producción, la compuse en 1984 cuando aún no había comenzado mis estudios formales de composición; en verdad surgió de ciertos ejercicios de armonía que yo venía realizando en esa época, por lo que la pieza es totalmente tonal. Yo la incluí en mi catálogo de obras, porque considero que no es tan solo un ejercicio de armonía, sino que expresivamente es significativa, por lo menos del momento en que fue compuesta, lleva impresa una parte de mi mundo musical de aquel momento. Cuando un amigo y colega mío se enteró de que había decidido incluir esta obra en el programa del Festival se preocupó un poco y me preguntó si yo no temía que fuese a quedar desubicada en medio de un evento dedicado a los lenguajes contemporáneos. Yo, tratando de no sonreír por esta infundada preocupación, le pregunté que cuál o cuáles consideraba eran los lenguajes contemporáneos de hoy. No supo bien qué responderme. Pues bien, el espectro de lenguajes y estilos puede ser tan grande como compositores vivos haya dentro del planeta. Creo que nadie tiene por qué escandalizarse por lo conservador o atrevido de una obra musical moderna; el fin, como dije en varias oportunidades, es la expresión. Por supuesto ésta quizás no hubiese sido una idea que yo hubiera considerado del mismo modo unos años atrás (la época de auto-censura a la que hice mención antes), pero gracias al cielo hoy puedo pensar así.

A la luz de mi producción musical seriamente catalogada hasta el presente, encuentro que, inconscientemente, he ido reflejando en mis obras todas estas preocupaciones y he recorrido los caminos que la historia nos ha señalado en su momento. Están aquellas que reflejan los primeros pasos en la senda de la creación, todavía influenciadas por los descubrimientos propios de la época de estudio, son obras decididamente conservadoras, pero si hay algo que considerar de todas ellas es su fantástica fres-



cura, la frescura de la intuición y la inocencia. Se me ocurre mencionar mis dos primeros opus: Canto de la Eterna Vida, para coro mixto y la mentada Pieza para Cuerdas. También están las que surgen de otro descubrimiento, el de los lenguajes y las técnicas contemporáneas, como Epigramas para trío de violín, violoncello y piano o los Monólogos-1 para violoncello y Monólogos-2 para violín solo. Pero también me adscribo al espíritu provocativo e irónico de la época con las Cuatro Situaciones que ya mencioné al principio, en las que me propuse (al menos en la versión primitiva para clarinete y guitarra) irjar a un auditorio abiertamente hostil a los nuevos lenguajes. Existe, también, un espacio para un cierto tipo de "experimentación" con el material musical (en verdad, nunca llegué a entrar del todo en el mundo de la experimentación pura). Se trata de algunas piezas en las que propongo un cierto aleatorismo a partir de un material dado. Puedo mencionar en este grupo a los dos primeros Estudios Aleatorios para instrumentos de viento y, parcialmente, el segundo cuarteto de cuerdas El Habitación del Niño (sobre todo en los dos últimos movimientos en los que nuevamente se plantean problemas a resolver aleatoriamente). Casi siguiendo el curso de la historia, existe un grupo de obras, en las que me doy cuenta que mis prejuicios se han terminado y que puedo volver a recurrir a un lenguaje emparentado con la tonalidad, en un sentido casi "neoclásico"; ahí tenemos mi ballet

Wiñay Cusi, las Seis Piezas Infantiles para piano, las Dos Canciones sobre textos de Daniel Luna o la Pequeña Suite Urbana para flauta y piano.

Dejé para el final todo un grupo de obras que, yo creo, son las que dan sentido a mi producción y reflejan mis verdaderas preocupaciones. Se trata de las obras espirituales o de profunda religiosidad, en el cabal sentido del término: buscar a través de la música, tocar y ser tocado por Dios. Cantos de regocijo, de alabanza, plegarias suplicantes o música de guerra espiritual. Soy cristiano (no sé si seré de los buenos) y creo firmemente que la música es la mejor arma que tenemos para llegar a Dios, no quiero desaprovecharla. He decidido utilizar este don provisto por la divinidad para proclamar la gloria de Dios en la Tierra y en los Cielos. Los dos modelos que, en este sentido, iluminan mi caminar son Johann Sebastián Bach (¡siempre el gran Bach!) y Olivier Messiaen; de ellos aprendo diariamente, son fuentes inagotables: uno de la música del pasado (pero al mismo tiempo tan actual) y el otro de la música presente. En este grupo se pueden citar varias de mis obras orquestales: Kairos, Patmos, Arcano, Conctrapunctus V, la Cantata de Homenaje a J. S. B. que incluye solistas, coro, órgano y orquesta. También están algunas obras de cámara como Astrid, Alfa y Omega, la Sonata Mística para piano a cuatro manos y las dos obras que poseo para instrumentos nativos: Génesis de una cultura ancestral y Yatiris.